

Entrevista

Josep Fontana: "La independencia era ahora un salto al vacío"

Francesc Arroyo

5 octubre 2015

(Traducción de Jordi Domènech)

Josep Fontana (Barcelona, 1931) es historiador. Pero nunca ha mirado hacia atrás, por el contrario ha intentado entender el presente para mejorar el futuro. Ahora reflexiona sobre los resultados y las perspectivas que se abren. En su opinión, el programa independentista de Junts pel Sí fue un error y habría sido más prudente defender la vía del derecho a decidir.

Pregunta. Usted siempre ha mirado el pasado desde el presente.

Respuesta. Hay muchas razones para hacerlo. Al pasado no vas para buscar anécdotas para entretenerte, sino claves para entender lo que pasa hoy. Si la tarea del historiador no sirve para entender el mundo en que vives, no sirve para nada.

P. ¿Entender el presente o transformarlo?

R. Las dos cosas están relacionadas. El historiador trabaja para ayudar a los otros a entender. Su capacidad de cambio está asociada a su capacidad de entender las cosas y explicarlas a los demás, de manera que también las entiendan y tomen decisiones razonadas. En la primera carta que me escribió, Pierre Vilar me dijo que si él no pensara en la grandeza humana y en los sufrimientos de la gente, con la esperanza de ayudar a una y aligerar los otros, no se dedicaría a este trabajo. Si no piensas que el trabajo que haces es útil porque ayuda a los demás a pensar por su cuenta, no lo harías.

P. ¿Y cómo ve el presente?

R. Complicado y que apunta a un futuro muy grave. La situación en la que vivimos comienza en los años 70, con el retroceso de todas las conquistas sociales obtenidas durante la etapa feliz que siguió a la II Guerra Mundial. Entonces parecía que el mundo podía cambiar, mejorando cada vez más. A partir de los 70 empieza un retroceso clarísimo que culmina con la política reaganiana, que sostiene que es necesario reducir los im-

puestos a los emprendedores porque así se dedicarán a invertir, lo cual se ha demostrado que es falso. Como consecuencia deben rebajarse los salarios y reducir los servicios sociales proporcionados por el Estado. Todo esto ha conducido al aumento de la desigualdad, que es el mayor problema. Si el principal avance de nuestra sociedad desde 1914 o 1918 había sido una disminución gradual de la desigualdad, a partir de los años 70 se invierte la situación, y se pretende justificar con la idea de que todo ello es necesario.

P. En España y en Cataluña también pasa.

R. El proceso empezó en Estados Unidos y tardó un poco en llegar a Europa, donde había un tejido social más denso que resistió. Pero hay un factor que acaba por desmontarlo todo: la crisis de 2007-2008. Se justifican las políticas de austeridad que, se supone, hacen que todos empujemos y vayamos mejorando. Quizá sí que vamos cada vez mejor, pero no todos. Se ha roto el hecho de que el aumento de productividad se reparta entre los beneficios y los salarios. Esto se ha acabado. Y también se ha acabado el planteamiento de los gobiernos de percibir tasas fiscales para financiar servicios sociales adecuados.

P. Es decir, el progreso no está asegurado, pero algunos ilustrados ya decían que siempre queda una semilla que luego germina.

R. Algo quedará que hará pensar a la gente. Pero digámoslo todo: de fuerzas antiilustradas hay muchas. No hay que perder la esperanza de que la conciencia de la situación cuaje. Ahora bien, después de cada desastre para el orden establecido, éste aprende de ello y toma medidas para que las cosas no se repitan. Por ejemplo, en el siglo XIX los sindicatos fueron instrumentos para ganar derechos, pero también mecanismos de estabilización hasta convertirse en elementos antirrevolucionarios. Los sindicatos ingleses podían llamar a la gente al orden porque si salías de la regla, podías quedarte sin las pensiones que repartía el sindicato. El Estado del bienestar tiene efectos similares. Las pensiones pueden ser inmovilizadoras. En parte del voto antisoberanista de las elecciones del 27 de septiembre hay este elemento.

P. ¿Hay un vínculo entre independentismo y crisis?

R. Yo otorgo mucha importancia a lo que surge de abajo. Tuve una percepción muy buena de la manifestación del 11 de septiembre de 2012, donde la gente se puso a gritar "independencia". Aquel grito no fue sólo una protesta contra las sucesivas agresiones del Tribunal Constitucional (la última de ellas dos años antes), también fue una respuesta indignada a la política social y económica del país frente a la crisis. A los partidos soberanistas (me guardaré mucho de decir que Convergència fuera entonces un partido independentista) aquello les pilló por sorpresa y la prueba es que Artur Mas, pensando que podría explotar aquella fuerza, organizó unas elecciones dos meses después y per-

dió un 8 % de los votos. Mas intentó aprovechar la situación y se estrelló. El *caso Pujol* debilitó aún más su capacidad de atracción. Si Mas hubiera ido en las últimas elecciones con *Convergència*, habría sido un desastre. Entonces generan una ilusión y se presentan por primera vez con la idea de la independencia. Cometan un error.

P. ¿Cuál?

R. Lo que deberían de haber planteado es un argumento como el del derecho a decidir, y no habrían asustado a los votantes del ex "cinturón rojo" de Barcelona. El salto al vacío de la independencia suscitó ilusiones en mucha gente. Ahora bien, vayamos por partes: ¿hay alguien que crea que desde Madrid harán la vista gorda frente al hecho de que se monten aquí estructuras de Estado para irse separando? En la misma sociedad catalana, las fuerzas dominantes, ¿dejarán que se haga? Una vez, en TV3, el locutor me sugirió la posibilidad de que todos fuéramos a pagar los impuestos a las oficinas de la Generalitat. La objeción era sencilla: yo sabía dos que no irían, La Caixa y el Banco Sabadell, que precisamente habían aprovechado la crisis para extender el negocio en todo el Estado. Pero había una segunda objeción: podíamos llevar los impuestos a la oficina de la Generalitat y después iría la guardia civil, los recogería para llevarlos a Madrid, y diría: "Gracias por las molestias."

P. Los defensores de la independencia parece que creían en ella.

R. Aquí ha habido una situación extraña: haberse creído esto de la independencia. Un día le dije a un chico de la CUP que a mí su programa, independencia y socialismo, me encanta. Pero esto es un programa para una revolución, no para una actividad parlamentaria. Les tengo mucha simpatía, me parecen una gente limpia y honesta; pero no sé si hacen bien las cuentas. Yo no sé cómo tanta gente puede creer en ello. Si las cosas se hubieran planteado de otra manera, seguramente la respuesta hubiese sido distinta, pero lo que necesitaba Mas era este empujón para seguir cuatro años más, y al final lo que ha quedado es una situación de caos.

P. Entonces, ¿cuál es la perspectiva?

R. Hemos de pensar que esta jugada no ha estado bien organizada y luchar otra vez para obtener cosas. La posibilidad de obtener la independencia, ¡qué más quisiera!, necesita de apoyos exteriores. Eslovenia y Croacia tenían el apoyo de Alemania para imponer la independencia y los aviones de la OTAN para convencer a los serbios de que dejaran hacer, pero nosotros no tendremos apoyos de esta clase. En una situación como esta hay objetivos que se han de ganar. Estos objetivos son cuotas de autogobierno. Durante la Transición debimos conseguir el concierto económico, es decir, la capacidad de administrar los propios ingresos, pagando lo que fuese necesario de solidaridad. Si deseas tener estructuras de Estado lo primero que necesitas son recursos para hacerlo y no puedes

dependen del reparto. Y tampoco vale nada el Estatut si hay una cláusula que dice que todo depende de lo que diga el Tribunal Constitucional.

P. Su compañero Enric Ucelay ha escrito que parece que ha entrado en crisis cierta concepción del catalanismo.

R. Enric no deja de ser un norteamericano trasplantado, con una prevención hacia el nacionalismo que le viene de su origen familiar. Le aprecio, pero no veo que haya habido una crisis del sentimiento colectivo de la gente. En la crisis del franquismo tuvo un papel fundamental la fuerza del conjunto de organizaciones de vecinos, católicas, los partidos, los sindicatos... una fuerza colectiva, representada por la Asamblea de Catalunya. Fue dramático para la historia del país que los partidos decidieran que todo esto ya no hacía falta, que la gente se podía ir a su casa porque ahora ellos gestionarían las cosas. Se generó un silencio que se rompió con la manifestación contra la sentencia del Estatut, y también con la manifestación, que para mí fue muy reveladora, contra la guerra de Irak. Una manifestación que no fue montada por ningún partido y que es la mayor de todas las que he estado. La gente no sale cuando los partidos tocan la trompeta. Hay que ver la capacidad de movilización, porque la gente al final se cansa. Así pues, ¿qué ha fallado?

P. ¿Qué ha fallado?

R. Creo que ha habido un mal planteamiento de las cosas, un planteamiento inoportuno que ha creado desconcierto. Esto no significa que haya entrado en crisis nada. Posiblemente Convergència sí que ha empezado a desgastarse y quizá será necesario encontrar voces nuevas. También es cierto que los de Iniciativa se equivocaron al pensar que podrían trasladar una fórmula que era adecuada para el ayuntamiento de Barcelona al conjunto de Cataluña, pero también es evidente que la gente está tan descontenta ahora como el 26 de septiembre. El único que parece percibirlo con claridad es el PP, que es quien ha dicho que las cosas están hoy en Cataluña peor que antes. Imagino que teme lo que le pueda venir encima. Si pretende decirse que el modelo de catalanismo conservador que representó el pujolismo se ha agotado, quizá sea cierto; entonces habrá que ver dónde se recoloca este catalanismo conservador. Si no hay circunstancias excepcionales, no votará a la izquierda. Convergència se había basado en el voto de las comarcas, tuvo el cuidado de establecer redes de influencia, y en el voto conservador. Dónde irá a parar este voto no lo sé, pero es evidente que los motivos de queja siguen vigentes y reaparecerán.

P. ¿Es difícil creer que luchen por el cambio los herederos del pujolismo?

R. Quienes se pusieron al frente por la independencia lo hicieron diciendo "y cuando la tengamos, resolveremos todo", evitando plantear ningún otro objetivo a corto o medio plazo, porque podría haber asustado al voto conservador. No dijeron nada sobre educa-

ción ni sobre sanidad, sobre nada que hubiera podido preocupar a los conservadores. Con esta jugada podían absorber el voto tradicional de *Convergència* y un voto ilusionado de sectores que votaban a la izquierda pero que en aquel momento les parecía que no votar esta opción era una especie de traición al país. Yo preveía que ganarían y deseaba que ganaran por más. Sabía que después no había camino para recorrer, pero deseaba que se evitara esa imagen final, falsa pero que ha quedado, de que el país está dividido por la mitad. En este sentido, hemos fallado.

P. Pero a quienes defendían el derecho a decidir no les ha ido mejor.

R. El derecho a decidir era un planteamiento entusiasmador, pero si das a elegir entre decidir y la independencia, de entrada te quedas con la mayor y no te planteas que la independencia es más difícil. El derecho a decidir es muy difícil; la independencia lo es más. Ahora bien, el derecho a decidir no habría creado temor a la fractura social. Pienso en una mujer que conozco, colombiana, que hace tiempo que vive aquí y vota aquí. ¿Qué pensaría? Pues: "¿Qué nos ocurrirá a nosotros?" Pero *Iniciativa per Catalunya Verds* tampoco planteó bien la cuestión. Si pretendía reproducir el modelo de Barcelona en Comú se necesitaba un apoyo social similar en todo el país. El *pujolismo* lo montó, pero era difícil lograrlo desde Barcelona. Lluís Rabell es un dirigente vecinal conocido en Barcelona, pero ignoro qué impacto tiene en Lérida. A pesar de ser sensata, esa opción no tenía demasiadas posibilidades.

P. ¿No ha quedado reflejada una crisis de confianza en los partidos?

R. Que vivimos un descrédito de las antiguas organizaciones, y muy especialmente de los partidos, está claro. Que hay fuerzas emergentes también es evidente, y los partidos no las representan. Basta con ver la deriva del *PSOE*. ¿Qué representaba el *PSOE* durante la República y qué representa ahora? Ha dado un giro a la derecha brutal. También está el grado de corrupción que afecta a todos en conjunto. Todo ello resta confianza a estas formas de organización. Pero es este sistema el que sigue teniendo el poder. Los partidos no representan los intereses de la gente, no se hacen eco de estos intereses. Todo lo más, retórica. Yo no he visto todavía que el *PSOE* anuncie que si gana anulará la reforma laboral. De manera que tenemos una discrepancia, pero no podemos prescindir de quienes tienen el control de los mecanismos esenciales.

P. ¿Entonces?

R. Una vez, en Lima, me hicieron llegar una grabación con canciones de los presos de Sendero Luminoso. Una de ellas, con música de la *Varsovia*, decía: "Salvo el poder, todo es ilusión." Quizá sea exagerado, pero debemos entender que los movimientos sociales han de tener mucha fuerza para hacer cambios, excepto cuando se da una ruptura revolucionaria, la cual se produce muy raramente, y no parece que ahora haya el cli-

ma. Sin controlar el ejército, la policía, los mecanismos de legislación, difícilmente se puede cambiar el mundo.

P. La izquierda se declaraba internacionalista. ¿Cómo se explica que una parte de ella haya derivado hacia el nacionalismo?

R. No estoy seguro que la izquierda haya sido tan internacionalista. Era un internacionalismo y una solidaridad entre los sindicatos de los países desarrollados. No parecían demasiado preocupados por la India ni por los pueblos de África. Era más bien un ideal de internacionalismo. Actualmente el proletariado industrial ya no es tan importante y la socialdemocracia se ha quedado sin programa. Tampoco sé si hay que hablar estrictamente de nacionalismo. Lo que se plantea es cómo cambiar la sociedad en la que vivimos para que funcione mejor. Lo que pasaba aquí partía del hecho de que vivir en un Estado español como el de los últimos tiempos es incómodo. Además, este Estado ha demostrado que es de una incompetencia absoluta. Por otra parte, ¿dónde está el internacionalismo con los refugiados? El internacionalismo tiene sus límites. Y los refugiados son la primera etapa del problema. Las poblaciones famélicas de África están esperando venir. Es posible que el repertorio de ideas que había de 1918 a 1939 no se corresponda con los problemas actuales. Tendremos que reajustar muchas cosas. Como yo no lo veré, sólo puedo avisar.

P. ¿Y la vía de solución es crear un nuevo Estado?

R. La respuesta de Cataluña no es para los problemas generales, sino locales. Una situación con un Estatut con garantías, con un concierto económico y un gobierno civilizado pasablemente de izquierdas, podría funcionar mejor dentro del Estado español. A mí me parecería relativamente satisfactorio. El resto de problemas han de plantearse en común. Yo creo que no debemos resignarnos. No se trata de llegar al paraíso, basta con cambiar cosas, mejorarlas; y la única forma de lograrlo es luchar cada día contra cualquier abuso, desde las tarifas del metro hasta la situación de los hospitales. No hemos de dejar que nos quiten los hospitales para que los gobiernos no tengan que cobrar impuestos a La Caixa y el Banco Sabadell.

Fuente original:

"Entrevista. Josep Fontana: 'La independència ara era un salt al buit'", *El País*, 5 octubre 2015.

http://cat.elpais.com/cat/2015/10/05/cultura/1444047086_077475.html